

IX

DONA CARMEN.

En el salon de la señora marquesa, no habia tal vez una persona mas que el señor vizconde Enrique de Villiers, que no hubiese experimentado una sensacion penosa con las últimas palabras pronunciadas por Jorge Leslie.

Todos se interesaban por ese Alberto de Rosen. Era uno de esos locos heróicos que tantas simpatías obtienen en el mundo.

Nos vemos obligados á confesar, que el señor vizconde estaba relegado ya desde aquellos momentos, á un lugar secundario.

Qué eran sus pequeñas aventuras de viajero curioso y escéptico, junto á esta nueva narracion en que habia combates de titanes y vida llena de pasiones?

Todas las mujeres amaban á aquel caballero andante, que venido de las llanuras de la Hungría, iba á combatir y á vencer á los salvajes bandidos de la América! Todas resentian la herida profunda que acababan de recibir.

Ciego!

Alberto de Rosen, el intrépido y victorioso conde estaba ciego!

Pero, no era por cierto una cosa bien curiosa, el modo cómo las dos historias sucesivamente contadas, se relacionaban la una con la otra! El vizconde trepando el Golden-dagger, precisamente en el momento en que Alberto de Rosen era capturado por los vecinos de Sonora!

—Hay mucha distancia, continuó Jorge de Leslie, de las montañas Nevadas hasta San Felipe de Sonora, á donde habia replegado el conde Alberto el campamento de los mexicanos con sus triunfos sucesivos.

El camino fué largo como un martirio.

El prisionero creyó mas de una vez sucumbir en el camino.

Los vecinos habian tenido la piedad de velarle el rostro hasta el término de su jornada, y esto contribuyó sin duda á mantener su valor; conservó algunas esperanzas.

Se decia á sí mismo:

—Sin duda esta venda es lo que me impide ver!....

Al llegar á San Felipe, le quitaron el velo.

La conciencia, que de una manera tan súbita como completa, tuvo de su desgracia, estuvo á punto de turbarle la razon.

San Felipe es un pueblecillo situado á mas de cincuenta millas de Arizpe, al sur del rio Gila, en una llanura fértil, pero inculta, cuya mayor parte está ocupada por pantanos y sembrados de arroz, cuya semilla el viento solo se encargaba de sembrar en el otoño. Los prodigiosos lechos de oro que encierra la Sonora están al sur.

En San Felipe hay dos ó tres docenas de cabañas agrupadas en torno de un fortin de madera, que está dominado á su vez por una torre bastante elevada.

Esta torre, desprovista de arquitectura, tiene la forma de un gigantesco pilar sin bordes ni molduras.

Este fué el lugar escogido para servir de prision al conde Rosen.

En el pueblo habia un partido que queria su muerte inmediata; pero el señor alcalde y el ayuntamiento opinaron que era mejor exigirle un fuerte rescate. El odio y la avaricia son dos pasiones eminentemente españolas: entre ambas el corazon de los mexicanos vacila siempre y vacilará hasta tanto que esa raza, dotada por otra parte de tan escelentes cualidades para ser grande, ilustrada y poderosa, no mezcle su sangre con otras.

Los vecinos que pedian la muerte del conde, quedaron en minoría. Eran unos verdaderos calaveras. El placer que se experimenta dando muerte á un enemigo, de quien se puede obtener algun rescate, es evidentemente una punible prodigalidad. Con esos gustos, Shylock hubiera concluido por morir en un muladar.

El alcalde se llamaba el señor don Juan María Tristan. Era un hombre grave, ta-

citurno, flaco como don Quijote, que vivía de puro tabaco, de chocolate y de agua fresca. Era un excelente cristiano, un cristiano modelo: ayunaba tres veces á la semana, comulgaba cada ocho días, y rezaba un rosario todas las noches, lo cual no impedía que con su corazón de ángel fuese ladrón hasta la punta de los cabellos.

Tenia una hija de veinte años de edad que se llamaba doña Cármen.

El pobre Alberto de Rosen no pudo verla jamás; pero tenía una voz de esas que penetran hasta el fondo del corazón, y el conde Alberto sabía que era bella como un serafín.

Sus cabellos sobre todo—hablaban de sus cabellos negros como el ébano, y suaves como la seda floja—y hacían infinitos elogios de ellos. Cuando los desataba llegaban hasta sus pies “como un manto de rey” según la bella imagen del poeta.

Elena, que miraba en aquel momento á Jorge Leslie, bajó los ojos, como si un relámpago de luz demasiado viva le hubiese herido.

Jorge proseguía:

—Doña Cármen, buena y compasiva, habiendo sabido que el prisionero era ciego, quiso proporcionarle algunos consuelos. Le pidió, pues, permiso á su padre para subir á la torre.

El señor alcalde consintió en ello, con la condición de que Cármen se encargaría de decirle al mayor que los Vecinos se contentarían con ocho mil onzas de oro por su rescate.

Cuando doña Cármen entró en la celda del cautivo, fué para él, en medio de las tinieblas que le oprimían, como un rayo de sol.

La jóven fué á sentarse junto á su lecho. La venda que cubría los ojos del conde, inspiraba no sé qué confianza y seguridad á su pudor.

Al separarse de él, la jóven lo dejó resignado y confiado en la voluntad de Dios, que es el valor de los que sufren.

—Volveré, señor mayor! le dijo Cármen.

Alberto le pidió su mano para besársela, pero la niña ya había atravesado el quicio de la puerta.

Tobías quedó consolado después de la

BIBLIOTECA ALFONSO
UNIVERSITARIA

visita del ángel. Aquella noche el conde Alberto tuvo un sueño tranquilo.

Doña Carmen volvió al día siguiente. Alberto acarició con sus labios la punta de su mano suave y perfumada.

Su corazón la veía, y cuán bella la veía!

El tercer día la voz de doña Carmen temblaba cuando salió de la celda.

Y le dijo:

—Queréis ser mi hermano? yo seré vuestra hermana!

El cuarto día su voz temblaba aún más.

Doña Carmen le preguntó si había amado alguna vez.

El conde Alberto cumplió lealmente con su deber de caballero. La dejó ver su corazón entero, donde estaba grabada la imagen de Ellen.

—Puesto que vos la amais, yo la amaré también! murmuró doña Carmen.

Rosen adivinó que la joven tenía los ojos llenos de lágrimas.

El señor alcalde, entretanto, preguntaba cada mañana cuándo pagaría su rescate el señor mayor.

Desde aquel día, Rosen y Carmen hablaron frecuentemente de Ellen.

Esas largas horas de cautiverio tenían cierto encanto melancólico.

A veces Carmen decía:

—Qué triste debe estar ella lejos de vos! Si vuestra Ellen hubiera sido una hija de México—añadió la joven—no habríais partido solo.... Yo, yo le habría dicho á mi novio: Quiero ser tu muger y tener mi parte en tus peligros!....

Muchos meses habían trascurrido.

En aquella torre el calor era sofocante de día.

Rosen permanecía una parte de la noche sentado junto á la ventana, para lograr que la brisa fresca que soplaba del Nordeste, acariciase su frente.

Aquel viento venía de Baltimore; había acariciado antes los rubios cabellos de Ellen!

Una noche que estaba así, solo, perezoso y meditabundo, se estremeció de pronto y se puso en pié.

El viento le traía un sonido extraño, pero bien conocido para él: era la señal por

Una vez aprehendido, según el uso de los indios; no pronunció una sola palabra.

Doña Carmen le hizo conducir á la torre y despidió á los soldados.

El conde, Towah y doña Carmen quedaron solos.

El indio permanecía mudo porque no conocia á doña Carmen.

—Habla Towah! dijo el conde. Esta es mi hermana!

X
EL CORAZON DE UN INDIO

Towah, que permanecía en pié y derecho como una estaca, volvió vivamente su mirada hácia la jóven.

La tomó la mano y la puso sobre su cabeza; pero no desplegó aún los labios.

—Vamos, replicó el conde, ¿no tienes nada que decirme!. . . . Lille viene contigo!

Towah bajó la cabeza, y un ronco suspiro se escapó de su pecho.

—Towah no tiene ya muger! pronunció en voz baja.

Luego añadió enderezándose de pronto y con un tono de doloroso orgullo:

—Towah es quien la ha matado!

CRISTINA ALFONSINA
UNIVERSIDAD

—Ese hombre ha asesinado á su muger! exclamó doña Cármen con horror.

—Towah no se parece á los otros hombres que vos conoceis, señora, dijo el conde. Por qué has dado muerte á tu muger, Towah?

—Porque habia traicionado el secreto de mi amo! respondió el indio.

El conde no le interrogó mas.

Cármen miraba con un aire lleno de espanto el rostro raramente pintarrajeado del indio Panie.

Despues de un corto silencio, éste tendió la mano hácia adelante, y replicó en voz baja:

—Lille habia traicionado tambien á Towah, su marido.... Towah quiere decírselo todo á su amo.... Un rostro pálido vino al campamento con su servidor. Era del pais de Francia. Lille y yo le llamábamos la *Lengua Dorada*, porque sabia persuadir y agradar hablando.... Los golden-daggers habian apellidado á su criado el *Mohicano*. La Lengua Dorada permaneció algun tiempo entre nosotros. El fué quien impidió al sargento emprender

una expedicion para libertaros. Su criado platicaba con los jóvenes. Por ellos supo que Lille y yo teniamos noticia de un tesoro.

Las mujeres no pueden guardar un secreto. Los jóvenes eran acaso brujos para haber adivinado el secreto de Lille?

—Y á causa de eso es por lo que la mastaste? le interrumpió el conde.

—No! respondió Towah; que el mayor tenga la bondad de esperarme.... y lo sabrá todo.... La Lengua Dorada vino una noche á la cabaña en donde yo estaba con Lille. Puso una botella de rum sobre la mesa, y dijo:

—Quereis beber?

Nosotros bebimos, Lille y yo. La Lengua Dorada aplicaba á su turno los labios á la boca de la botella.... No sé si bebia ó no.... Cuando la botella quedó vacía Lille se puso á cantar y á bailar.... Estaba ébria!

La Lengua Dorada dijo:

—Si mi hermano Towah lo quiere, tendrá cien botellas de licor semejantes á esta.

—Towah lo quiere! respondí yo.

—Pues para esto es preciso que Towah me hable con franqueza.

—Interrogad! Towah responderá.

—En qué sitio ha escondido el mayor sus barras de oro?

No es Towah quien se emborracha con media botella de rum. Así, pues, contesté á la Lengua Dorada:

—Vete!

Y descolgó su tomahak que estaba pendiente detras de la puerta de la choza.

La Lengua Dorada se retiró:

Al dia siguiente Towah salió para ver si no habia nada nuevo entre la roca del Soldier y el dique del rio.

Cuando volvió Lille, cantaba y bailaba.

Estaba ébria!

Towah golpeó á su muger en el rostro, porque una esposa no tiene el derecho de emborracharse sin su dueño.

Durante muchos dias, Towah vió á Mohicano el criado, rondar en torno de la choza.

Una mañana buscó en vano á la Lengua Dorada y á su criado Mohicano en la aldea.

Se les aguardó un dia entero, pero no volvieron.

Lille no quiso salir de la choza. Lloraba y se golpeaba el pecho.

Towah la preguntó:

—Por qué lloras?

Ella contestó retorciendo los brazos:

—Lille quiere morir!....

Towah lo comprendió todo.

Las mugeres hablan siempre de morir cuando han traicionado su fé de esposas.

Towah sabe que la muger es mas débil que el hombre; y dejó vivir á Lille.

Pero una sospecha nació en su espíritu, y le llevó hácia la antigua cabaña de su amo, en donde ya las yerbas crecian sobre las cenizas.

Vió dos líneas trazadas á cordel: la una iba de la choza al centro de la presa; la otra partia del Soldier y se dirigia al norte.

En el lugar en que esas dos líneas se cruzaban habia un agujero ancho y profundo.

El tesoro del mayor habia desaparecido.

Towah volvió á su choza, y de un solo golpe, con su tomahak separó del cuerpo la cabeza de Lille.

Cuando ella quedó enterrada, Towah

partió tras de las huellas de Lengua Dorada y de Mohicano su criado.

Towah juró que marcharía con los pies desnudos hasta que no pusiera la cabellera de Mohicano en su cintura....”

El conde Alberto se inclinó; y tocó los pies del indio, que no traía sandalias.

—Towah no ha logrado aún vengarse! contestó este bajando la cabeza.

Toda esperanza de rescate estaba perdida por el conde Alberto de Rosen!....

XI

DOS CORAZONES DE MUGER

Ese francés á quien el indio llamaba la Lengua Derada, y cuyo verdadero nombre debia saber mas tarde Alberto de Rosen, le habia robado un valor de mas de un millon.

—Hácia qué lado se han dirigido esos dos hombres? preguntó Alberto.

—Towah los ha seguido á través de todo México hasta el puerto de Acapulco, en donde se han embarcado sobre un navío que debia dar la vuelta á la tierra por el sur y subir luego al Norte.... Towah sabe el nombre de la bahía donde parará el navío, es un nombre indio.... la bahía Delaware!